



GÁRGARAS
POÉTICAS

HECHAS EN AYUNAS

POR

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

PRÓLOGO

DE

SINESIO DELGADO



VALENCIA

Impr. Domenech, Editor, Mar, 48

Para todo el Mundo

Biblioteca Cómica, Ilustrada, con ribetes de sería

Artículos literarios, cuentos, poesías, etc.,
de los mejores escritores.

Grabados de distinguidos artistas.

Música de reputados maestros.

Van publicados **52** tomos á **30** cénts.
de peseta.

Tomo 53.—DOS INVÁLIDOS, cuento de
Carlos Frontaura, *50 céntimos.*

Tomo 54.—GÁRGARAS POÉ-
TICAS, de Juan Pérez Zúñiga, *50*
céntimos.

En preparación.—Tomo 55.

Los pedidos á su Editor D. Federico Domenech, Mar, 48,
Valencia.

R
138494

A-Gj 170/6



C. Garrota N.º 9

parte 3.ª. Periódico

(Algunardo)

Quinquena Española

GÁRGARAS POÉTICAS

Homenaje



IMPRESA DOMENECH

Talleres: Paseo de la Alameda
(Teléfono núm. 17)

Oficinas: Mar, 48
(Teléfono núm. 14)

GÁRGARAS POÉTICAS

HECHAS EN AYUNAS

POR

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

PRÓLOGO

DE

SINESIO DELGADO

(Tomo 54 de la Biblioteca *Para todo el Mundo*)

4.º de la 6.ª serie



VALENCIA

F. Domenech, Editor, Mar, 48

1889




OBRAS DE JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

- Cosas.** { Poesías y artículos, con prólogo de Luis Taboada.
- Desafinaciones.** { Poesías cómicas, con prólogo de Vital Aza y dibujos de Mecachis
- Gárgaras poéticas.** . . { Poesías cómicas, con prólogo de Sinesio Delgado.
-
-

- La manía de papá.** Juguete cómico en un acto.
- Felicidades.** Juguete cómico en un acto.
- El Sr. Castaño.** Juguete lírico en un acto.
- ¡Viva la Pepa!** Juguete lírico en un acto.
- El quinto cielo.** Pasillo lírico en un acto.
- Los tíos.** Juguete lírico en un acto.

Estas dos últimas en colaboración con D. José Díaz de Quijano.



PRÓLOGO

PÉREZ ZÚÑIGA es modesto y hay que decirle á la cara lo mucho que perjudica la modestia exagerada. ¡No se le ocurre al demonio hacer un libro con gracia, verter la sal por arrobas en un centenar de páginas, y pedir humildemente que le presente en la plaza un caballero cualquiera sin autoridad, ni nada!

Santo y bueno que los chicos
que escriben versos á Laura
y sonetillos excépticos
con amarguras tempranas,
busquen en la decadente
república literaria
un nombre que los ampare,
una firma autorizada
que sirva de visto bueno
á sus ripios y sus lágrimas.

Pero un hombre que ya tiene
relaciones con la fama
y cuyas composiciones
llevan el sello de fábrica,
sello que conocen todas
las personas ilustradas,
¿para qué quiere que nadie
le presente, ni qué falta
le puede hacer que otro prógimo
recomiende lo que él haga?

Y si el que le recomienda

es el primero que pasa,
la presentación resulta
doblemente extemporánea.

De todo lo cual deduzco
que el Pérez de mis entrañas
no sabe lo que se pesca
al escogerme, entre tantas
personas de verdadera
y legítima importancia,
para que yo diga al público
lo bien que él hace las *Gárgaras*.

En primer lugar, maldita
la autoridad literaria
que tengo para dar bombos,
y en segundo no hacen falta,
porque los versos que escribe
mi amigo... ¡con verlos basta!

Por lo cual cumplo el encargo
con solo abrir la mampara
y decir á los lectores:
—Pasen ustedes, ¡caramba!

que detrás de esos tapices
está ocultando la cara
un escritor humorista
de los de la buena raza.

Adelante, caballeros,
que cuesta poco la entrada,
y que les sienten á ustedes
perfectamente las *Gárgaras*.

Sinesio Delgado.



LA CARTERA

Ví en un Bazar hace un mes
una cartera hechicera.

(Es decir, que era cartera
no lo supe hasta después).

De una belleza tan rara
era su aspecto exterior,
que no había comprador
que de ella no se prendara.

Más bien era chiquitina
que grande, y casi es seguro
que, aunque de color oscuro,
tenía una piel muy fina.

Cualquiera que la mirase
la hallaría superior.

En fin, era la mejor
de todas las de su clase.

Mas con inútil empeño
hacerla mía intenté,
pues con pesar me enteré
de que ya tenía dueño.

Turbadas mis alegrías
por la cartera dichosa,
no pensaba en otra cosa
más que en ella en estos días.

Cuando ayer, ¡quién lo dijera!
ví á mi cartero Severo
con la cartera hechicera.
¡Y entonces supe yo que era
la esposa de mi cartero!



INVITACION

IDOLATRADO Lesmes: Tengo que darte una buena noticia que ha de gustarte.

El domingo que viene, si no hace frío,

(porque de este verano ya no me fio),

iremos de merienda los de mi casa

con las niñas del primo de Doña Blasa

y la viuda del conde que vive al lado,

(es ella la que vive, por de contado),

y las tres vecinitas del entresuelo

con el novio de Pura, que es violoncelo,

y el marido de Tecla, que es abogado,

y el hermano de Lola, que es jorobado.

Me pondré aquel vestido que á tí te agrada,
de color de amapola desazonada.

Todo lo que llevemos será siambre.

¡Cuánto disfrutaremos matando el hambre!

Llevaremos tortilla, jamón, pichones, sardinas, Valdepeñas, melocotones, butifarra, galletas y otras mil cosas exquisitas de suyo y apetitosas.

Iremos al Vivero, que es buen paraje, nos escabulliremos entre el ramaje, y allí, sobre la alfombra verde y mullida, (que es lo que más te gusta, prenda querida), comeremos sin duelos ni desazones y bailaremos polkas y rigodones.

Para que no te ofendas, bueno sería que tú llevases algo, vidita mía, algo que te sangrase poco el bolsillo, como los comestibles y el organillo, que lo demás nosotras lo pagaremos, á excepción del tranvia, si en él volvemos.

Por Dios no faltes, Lesmes, ¡Lesmes querido! No temas que mi madre te dé un bufido, que aunque siempre te ha dicho mamá que nones, es porque no te ha visto con provisiones.

¡Adiós, morrongo mío! ¡muerta de pena va á estar hasta el domingo tu

Magdalena.

RESPUESTA

«MAGDALENA querida: Por el correo recibo carta tuya, y en ella veo que me invitas con suma *galantería* á que pase en el campo contigo el día y á que pague los gastos de la merienda para evitar con eso que yo me ofenda.

Es un error; yo nunca me ofendería porque otro los pagase... ¡qué tontería! Lo que temo es hartarme de desengaños y disfrutar lo mismo que hace dos años.

Ya te acuerdas que fuimos á una pradera donde no había un árbol, ni uno siquiera, por capricho de un primo que Dios te ha dado que estaba con las plantas incomodado.

Recuerda que aquel día me diste celos con cierto fabricante de caramelos que saltaba á la comba como un fantoche y decía sandeces á troche y moche.

Recuerda la bromita de aquel Darío que, al verme tan quemado, me tiró al río y gracias á que el río solo es de arena, no me mojé la ropa, que era muy buena.

Recuerda que me hiciste pasar dos puentes y doscientos sofocos ante las gentes, y tu madre, que es hija de Calasparra, y por eso le gusta la butifarra, deslizó frases feas en mis oídos porque se me olvidaron los embutidos.

Yo pagué las tortillas y las chuletas, el vino, las sardinas y las galletas, y pagué el organillo y hasta el tranvía, y no lo pagué todo, pichona mía, gracias á que el más fino de tus parientes pagó á medias conmigo los mondadientes.

Ya estoy yo de meriendas escarmentado, pues para mí son robos en despoblado; conque dile á tu madre que yo renuncio á ser primo sin serlo, que invite al nuncio

y él podrá hacer mis veces á maravilla
y bailar con tu madre de coronilla.

Tómalo como gustes, amada prenda,
y no dudes te adora

Lesmes Trastienda.»



¡PERDIDO PARA SIEMPRE!

«Yo no sé dónde he guardado
ese dichoso papel,
que, por más que lo he buscado,
no he podido dar con él.

¿Si la doncella lo habrá
pescado? ¡Es lo más curiosa!
¿Lo habrá cogido mamá
para envolver cualquier cosa?

¡Sabe Dios! Y el manuscrito
salta al momento á la vista,
pues le escribió mi Pepito,
que es famoso pendolista.

Dedicaré á San Antonio
padre-nuestros á granel

para que encargue al demonio
que me devuelva el papel.

Lo he perdido por descuido,
y eso es en mí cosa rara.
¡No sé cómo se ha perdido
siendo la letra tan clara!

Harta estoy de registrar
hasta el último rincón.
¡Dios mío! ¡No me hagas dar
más vueltas, por compasión!

Así exclamaba llorosa
la niña Luz Camarasa,
que, aunque es muy poquita cosa,
lleva el peso de su casa,

sin dejar de sostener
relaciones con Burguillos,
un joven de Santander
que comercia en calzoncillos,
y á más de ser propietario,
tiene gran disposición
para el arte culinario
(dicho sea con perdón).

La pobre Luz Camarasa
volvió á ver uno por uno

los rincones de la casa,
pero sin éxito alguno.

Y después que registró
con afán extraordinario
la almohadilla y el buró,
las cómodas y el armario,
renegando de su estrella,
desocupó en un segundo
el mundo de la doncella
(que era una mujer de mundo),
y examinó en un momento
tres cofres y un entredós.

Pero, nada, el documento
no le encontraba ni Dios.

Y al ver lo que sucedía,
le dijo á Luz su papá:
—¿Qué buscas, querida mía?
—Un papel.—¿Sí? Ven acá.

¿Era un papel manuscrito
con letras gordas y claras,
que un día te dió Pepito
para que se lo guardaras,
y en una de sus carillas
contenía una receta

para poner pescadillas
con salsa á la vinagreta?

—Sí, tal. ¿Has roto el papel?

—No lo he podido partir.

—Entonces, ¿qué has hecho de él?

—¡¡No te lo quiero decir!!



¡ALLI ESTÁ!

BARRIO extremo. Calleja
muy retirada.

Una casa ya vieja
mal conservada.

Zaguán con una estrecha
puerta en el fondo,
y un banco á la derecha
mondo y lirondo.

Tras la puerta un pasillo...
como cualquiera
y en él un ventanillo
con alambra.

Al fin, un sotechado.
Puerta en el frente.

Luego un patio cuadrado
completamente.

En el patio una puerta
desvencijada,
que tan pronto está abierta
como cerrada.

Tras la puerta un cuartito,
cuyos rincones
son el *club* favorito
de los ratones.

Tras el cuarto otra pieza
lóbrega y fría
desde la cual empieza
la galería

que vá á salir enfrente
de un pasadizo
extraordinariamente
resbaladizo.

En uno de sus lados,
puerta sin llaves.

Dos tramos empinados
más bien que suaves,
y partiendo del muro
del descansillo,

un corredor oscuro
y otro pasillo,
al que solo ilumina
turbio reflejo
de la luz mortecina
de un farol viejo.

Un portón de madera
con cuarterones.
Después otra escalera
con escalones.

A continuación una
sala vacía
donde no hay luz ninguna
durante el día.

En uno de sus muros,
puerta vidriera.
Dos pasillos oscuros.
Otra escalera,
y al final, entornada,
la puertecilla
que conduce á la entrada
de la bohardilla.

Un cuarto contrahecho,
pero hediondo.

Luego un recinto estrecho,
y allá, en el fondo,
dentro de un lecho blando,
muy calentito,
Eleuterio roncando
como un bendito.



SE NECESITA ESTÓMAGO

(Cuento extravagante)

I.

MI amigo Paco Ferrer,
hijo de San Sebastián (1),
se hace de todos querer,
porque es bueno como el pan;
pero el Supremo Hacedor
le ha condenado á vivir
en el apuro mayor
que se puede concebir.
Hace seis ó siete años
tuvo el pobre una patrona

(1) De la capital de Guipúzcoa, no del santo mártir.

que le causó graves daños,
porque era el diablo en persona;
atendía por Pascuala,
y le daba una comida
que no la he visto más mala
en los días de mi vida.
En la sopa hubo de darle
más de un pelo de la nuca,
y hasta llegó á presentarle
huevos fritos con peluca.
Comidas tan asquerosas
no sé cómo le nutrieron...
En fin, al ver tales cosas,
sus amigos le dijeron:
«Deja, Paco, á esa mujer,
múdate y no seas tonto,
mira que vas á perder
el estómago muy pronto.»
Lo perdió, por majadero,
y exclamó, al verlo perdido:
«¡Ay! ¡Cuál será el paradero
de mi estómago querido!
Sin tal órgano, barrunto,
que no se vive, ¡ay de mí!

Nada, nada, voy al punto
á buscarlo por ahí.»

II.

Vino entonces anunciada
en yo no sé qué revista
la habilidad reputada
de un doctor especialista
que, con rara perfección,
se dedica en el Perú
á la nueva confección
de estómagos de *cautchouc*.
Se llama, si mal no entiendo,
don Torcuato Santafé;
en el Perú está viviendo
desde que allí puso el pié,
y vende estómagos hechos
ó los hace á la medida,
bien anchos, ó bien estrechos,
de poca ó mucha cabida,
fuertes para diputados,
endebles para cesantes,
y algunos cuadruplicados

para personas rumiantes.
Leyó el anuncio Ferrer
y se dijo para sí:
«¿Qué más puedo apetecer
que encontrar lo que perdí?
¿Por artes de Belcebú
los confecciona un Galeno?
Pues me las guillo al Perú
por un estómago bueno.»

III.

Tres meses más adelante
Paco á la corte traía
un estómago flamante
que no se lo merecía.
Mas notaba cierto daño
que hacía la parte inferior
le causaba un cuerpo extraño,
y, en medio de su dolor,
en algunas ocasiones,
asombrado de verdad,
veía sus digestiones
con pasmosa claridad.

La extrañeza y el temor
le hicieron mella en el alma,
y volvió á ver al doctor,
quien le examinó con calma.
Y al hacer la operación
de abrirle completamente,
con profunda admiración
vieron doctor y cliente
del estómago en el centro
las gafas de don Torcuato,
que habían quedado dentro
cuando cerró el aparato.
¡Por eso Paco sentía
tan extrañas desazones,
y, al mismo tiempo, veía
tan claras sus digestiones!



LA PENA DE MUERTE

(Parodia de una poesía de SINESIO DELGADO,
publicada con este mismo título en el
"Madrid Cómico").

I.

A cumplir de sus amos los acuerdos,
murmurando en su idioma, y custodiados
por un rudo tratante de ganados,
van por la carretera veinte cerdos.

Se ha prohibido gruñir, y las pedradas
obligan, con ayuda del garrote,
á aquellas criaturas desgraciadas
á caminar al trote.

¿A dónde diablos marchan todos juntos?
Al amplio matadero de la villa,
á sentir en el cuerpo la cuchilla

y á escuchar, cual oficio de difuntos,
el bárbaro clamor del vecindario,
que pide en plazas, calles y callejas
no se le prive del manjar diario
de rabo y lomo, de jamón y orejas.

¡Brava hazaña, por Dios! ¡Cuán inhumanos
son los que mandan, de tocino ansiosos,
que maten á traición tantos marranos,
poniendo por razón que son sabrosos!

II.

¿Y qué hicieron los veinte? En una aldea
adquirieron su espléndida gordura
en alegres festines de basura,
siguiendo su costumbre sucia y fea.

Y un día en que era excaso el alimento,
dejaron sin narices á un muchacho
que estaba en su corral, asaz contento,
comiéndose una fuente de gazpacho.

¡Y qué ratos pasaron tan felices
cuando el chico buscaba sus narices!
Pero el terrible acero
del municipio lo que coge pincha,

y hoy se *esparce* la villa, ¡el mundo entero!
para invertir en grasa su dinero.

¡Y aquel que no le tiene, aquel se chincha!

La prensa, inutilmente,
anuncia á mucha gente
que hay chorizos baratos á la venta,
si esa gente no tiene ni una mota
conque pagar la cuenta,
mientras el que algo tiene se alborota
si un jamón de Avilés se le presenta.

En vano, dando á su barriga lustre (1)
con chuletas de cerdo colosales,
impugnan estos crímenes brutales
algunos que figuran en la ilustre
Sociedad protectora de animales.

¡La humanidad es implacable y fuerte!
No tuvo compasión. ¡Pena de muerte!

III.

Eso no puede ser. El pueblo avanza
en busca del progreso. ¡Conque abajo

(1) Por dentro.



el sangriento festín de la matanza!
Tratemos al lechón con más templanza,
y quizá lo agradezca, aunque es marrajo.

Los veinte que hoy se quedarán sin vida
son padres de familia, aunque de cerda,
y por más que no importa al guarricida
que un cerdo chiquitín sus padres pierda,
¡solo Dios es el dueño de la muerte!
¡Conque... en lo sucesivo,
quien quiera cerdo, que lo coma vivo
y haga la digestión con buena suerte!



NO ES CUENTO, NO

DON Antonio Pimentel,
sobrino de Paz García,
la hermana de don Manuel,
que tuvo sombrerería
en la calle del Clavel,
y que se hallaba casada
en segundas nupcias con
Federico Monleón,
que nació en Navacerrada
el día de San Antón,
se casó en Vitigudino
con Teresa Palomino,
sobrina de un guardafreno,
que era de trato muy fino
á pesar de ser moreno,

y de esta unión singular
nació, porque escrito estaba,
(y si no, lo pudo estar),
un niño, que se llamaba
no sé si Angel ó Gaspar,
el cual niño fué creciendo
y, sin darse de ello cuenta,
fué en su corazón sintiendo
puro amor hácia Vicenta,
la hijastra de don Rosendo.
Vicenta estaba, á su vez,
hecha una loca de amor
por un chico de Jerez
que tenía en Aranjuez
una casa de labor;
pero éste, llamado Pio,
andaba en no sé qué lío
con la prima de su madre,
que era huérfana de padre,
de padre y muy señor mío,
cuyos ojos vivarachos
flechaban á los muchachos,
aunque estaba poseida
de una pasión desmedida

por los bizcochos borrachos.
Vicenta se apercibió
del caso, con amargura,
y enseguida se casó
con un tal Pepe Miró,
que la miró con ternura;
pero, harta de desengaños,
se fugó con un sargento
hijo de Petra Sarmiento,
la cual hace muchos años
es sorda de nacimiento,
y reside en Valdemoro
con Patricio Berruguete,
que tiene en su casa un loro
comprado á don Telesforo
por seis pesetas ó siete,
cuando vino á Madrid con
Joaquina la boticaria,
á gestionar la expulsión
de la lombriz solitaria
de su cuñado Ramón,
el cual, por cierto, era viudo
y, á ruego de sus tres hijos,
enajenó como pudo

la fábrica de botijos
que tenía en Cogolludo...

.
«Y bien—dirá usted, lector,—
¿dónde vamos á parar?»
¡Perdí el hilo á lo mejor!...
Pero, si está usted de humor,
volveremos á empezar.



¡OH, EL SERVICIO!

QUÉ suerte me ha cabido tan desdichada!
¡No me dura dos días una criada!
Desde Marzo hasta Julio, seis he tomado
y las seis me han tenido desesperado.

La primera, Tiburcia, rechoncha y franca,
demostró varias veces que no era manca
y la eché porque un día tuvo un descuido
y sacó un par de medias entre el cocido.

La segunda, Gertrudis, manchega y boba,
era fiel como un perro de Terranova;
pero, cuando eran flojos los comestibles,
padecía unos flatos irresistibles.

La tercera, Torcuata, chica muy fina,
satisfizo mis gustos en la cocina;
pero, á causa de un caso que yo lamento,

se casó con el bombo de un regimiento.

La cuarta, Sinforosa Ruiz y Quiñones, contaba por millares sus distracciones.

¡Llegó á untar las tostadas con belladona y á echar en las natillas zaragatona!...

La quinta, Robustiana, de ojos traidores, me hacía unos *bisteques* encantadores; mas por su poco aseo sufrió mil quejas, pues crió telarañas en las orejas.

La sexta, Sisebuta, buena cristiana, confesaba dos veces cada semana.

Me rompió tres docenas de delantales y me sisó en seis días sesenta reales.

En vista de estas cosas que me han pasado, á tener más criadas he renunciado, y estoy perfectamente sin servidumbre.

Yo pongo mi puchero junto á la lumbre, yo me plancho á mí mismo, me reconvengo, al ir á mis recados no me entretengo, doy betún á mis botas cuando es preciso, y me friego y me barro... ¡y hasta me sisó!



DESDE LA ALDEA

Busco asunto y me mareo;
con que ¡oh Sinesio! perdona
que te hable de mi persona
por más que parezca feo.

¡Qué vida tan descansada
estoy disfrutando aquí!
Sé que te reirás de mí;
pero no me importa nada.

Por obra de Belcebú
(que es un tuno redomado)
ya sabes que me he quedado
tan *delgado* como tú.

A fuerza de estar enteco
son mis carnes tan sencillas,
que hacen sietes mis costillas

en los forros del chaleco;
y por si el diablo la enreda,
me he venido á este lugar
con objeto de engordar
lo que buenamente pueda.

Olvido penas profundas
y aquí me paso en las huertas,
no solo las horas muertas
sino hasta las moribundas.

Cuido con fé sin igual,
cual si fuesen hijas mías,
berengenas y judías
de tamaño natural.

¿Qué lo haré mal? Eso no.
Que te digan los pimientos
si no viven más contentos
desde que los riego yo.

Cuando esconde el sol su llama
y viene la noche oscura,
juego un rato con el cura
y otro rato con el ama.

No me acuerdo en todo el día
de que hay aplausos y hay gloria.
¡En cambio muevo la noria

como una caballería!

Tú dirás: «Pues de ese modo
de seguro te embruteces.»

No; que leo algunas veces
obras clásicas y todo.

Sin ir más lejos, ayer
leí debajo de un pino
la historia de Bertoldino
¡que ya tiene que leer!

Luego me acordé de Cilla,
pues de la enramada espesa
surgió una *salamanquesa*
tan pura como sencilla.

Que oigo pastoril canción
ó el dulce gruñir del cerdo;
¿pues sabes de quien me acuerdo?
del buen Fray Luís de León.

Entre los seres felices
me cuento algunos ratitos
viendo volar los mosquitos
delante de mis narices.

Y tan solo pienso en Mario
y en las veladas del Real,
cuando veo mi corral

que tiene abono á diario.

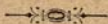
¿Ves que procuro observar los preceptos de la higiene? Pues bueno; ¿qué causa tiene mi tardanza en engordar?

¿Por qué estoy como una oblea sin engordar lo que debo á pesar de que ya llevo cuatro días en la aldea?

¿Podrá la culpa tener cierta prima del herrero, que me llama *retrechero* y me sigue por doquier?

¡Quién sabe, amigo Delgado! El caso es que sufro mucho al ver que estoy tan flacucho como el día que he llegado.

Perdóname las rarezas de esta carta empalagosa, y no digas á mi esposa que sigo con mis *flaquezas* ¡porque es atroz de celosa!



REVELACIÓN IMPORTANTE

DON Facundo Rodríguez y Bueno,
profesor de alemán y de inglés;
su señora, Ruperta Moreno,
parienta de un loco que está en Leganés;
el alférez Joaquín Donadío,
prometido de Lola Beltrán,
su cuñado, su prima, su tío,
su padre, su abuelo, su hermano Germán;
Policarpo Pastor y Pezuela,
guardafreno del ferrocarril,
y su esposa Pilar Choquezuela,
que pare á mediados del próximo Abril;
el primer cornetín de la Alhambra,
el maestro de escuela de Orgaz,
el vizconde de Valdelachambra,
que está enamorado de Pepa Alcaraz;

don Mamerto Gutierrez Molina,
fabricante de aceite y jabón;
don Miguel Sandoval y Medina,
que hoy día es tocayo de Ramos Carrión;
Telesforo Cañete y Cañada,
sacristán de La Seo de Urgel;
Asunción Hormiguillo y Moncada,
sobrina del cura de Carabanchel;
la condesa de Montepelado,
su amigote el teniente Corral,
un chiquillo de Luis Maldonado,
que tiene hecha cisco la espina dorsal;
los autores de «El Rey Chindasvinto»,
melodrama que vale por tres;
el fiscal de la Audiencia de Pinto,
que tiene cosquillas en todos los piés;
Juan Fernández, Teresa Robledo,
Julio Pló, Petra Plá, Paz Ortiz,
Pedro Gómez, Matilde Salcedo,
Santiago Bermudez, Jerónimo Ruiz,
el alcalde de Fuenterrabía,
y el cronista de Mazarambroz,
suelen siempre, de noche ó de día,
comer con cuchara la sopa de arroz.

PREPARATIVOS

CARTA que á María Tuero
manda desde el Sardinero
su esposo, que es empresario
de un teatrillo casero
de la calle del Calvario.

Cara esposa: habrás notado
que el tiempo ya ha refrescado
y el otoño se aproxima.
¡Está tan mal educado
que se nos ha echado encima!
Ya puedes tu presumir
lo que te quiero decir;
que no hay que aguardar á Enero
para pensar en abrir
nuestro teatro casero.



Hace ya dos ó tres días,
en casa de don Matías,
donde leo con afán
la prensa, he visto que están
formadas las compañías;
que empezarán los estrenos
sin que acaben los calores,
y que habrá cuadros muy buenos
de cantantes y de actores;
¡con que... no hemos de ser ménos!
Manda, pues, al escribiente
que copie el cartel siguiente,
y pégalo en la escalera
si no tiene inconveniente
su majestad la portera.

«Liceo Piramidal.

Temporada teatral
desde Setiembre hasta Abril.

Calvario, dos, principal.

Teléfono veintemil.

Compañía: *Director*,

don Baltasar Buenhumor.

Primeras actrices: Luz

Bellido y Luisa Pastor,
(que me las pongan en cruz).

Característica: Blasa
Martínez de Cinoglosa.

Dama joven: Pura Guasa
y, por último, *graciosa*,
la señora de la casa.

Primer galán: Pedro Autrán.

Segundo: Pedro Macario.

Gracioso: Pedro Beltrán.

Galán joven: Pedro Adán:
y *barba:* Pedro Medario.»

(Ojo — Dile al escribiente
que cambie el nombre á esta gente;
porque tanto Pedro había
y dirán que esto es realmente
un cartel de *pedrería*).

«*Maestro concertador:*
el padre de la Bellido.

Peluquero: el Director;
y *apuntador*, el marido
(según él) de la Pastor.
Será el salón adornado
con elegantes trofeos;

obra que se le ha encargado
nada ménos que á un honrado
fabricante de fideos.

Habr  piezas musicales,
gracias á que un tal Morales
presta su piano excelente,
desinteresadamente
por quince duros mensuales.
Será también reformado
del liceo el alumbrado,
aunque se duda estos días
si ha de estar iluminado
por velas...   por bujías.

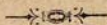
Nota: la inauguración
será del mes al final,
y este año, por excepción,
no habrá ninguna función
antes de la inaugural.
Para ésta, que, aunque sencilla,
será buena si las hay,
est n haciendo una obrilla
Rubí, Tamayo, Zorrilla,
Zapata y Echegaray.

Otra nota: en la despensa

se dejarán los abrigos.
Con satisfacción inmensa
lo anunciamos á la prensa
y á todos nuestros amigos.»

Nada tengo que encargarte.
¡Ah! Que si has de contratarte
como dama primeriza,
debes mandar arreglarte
la dentadura postiza;
porque vives actualmente
con tres dientes nada más,
y tu boca, francamente,
ya no es boca, es *un tridente*
de esos que usa Satanás.
Conque, adiós. Me dá alegría
ver que está cercano el día
en que hemos de reanudar
¡nuestras funciones, María!
Tuyo siempre

Baltasar.



EL PASEO MISTERIOSO

COGIDA la falda,
terciado el mantón,
cubierto el semblante
de polvos de arroz,
la vista muy vaga
(¡más vaga que yo!)
y un aire que á muchos
llamó la atención,
anduvo ayer noche
Dolores Quirós
por calles y plazas
con paso veloz.
Cruzó la Carrera,
la Puerta del Sol,
la calle de Postas,

la plaza Mayor,
y al paso, doscientos
requiebros oyó.
Hasta un polizonte
de aspecto feroz
le dijo una cosa...
¡Qué cosa, gran Dios!
Moviendo los *pieses*
á más y mejor,
pasó por la calle
de Monteleón,
y por la vergüenza
de que un picador
sin pizca de lacha,
la diera una coz
delante de cuatro
maletas de pró.
Siguió su camino
sin más tropezón,
y en muy poco tiempo
después recorrió
las calles de Goya,
Peligros, Tutor,
San Pedro, San Pablo,

San Juan, San Simón,
Carretas, Atocha,
Montera, Reloj,
Farmacia, Toledo,
Santiago, León,
Sevilla, Gorguera,
Candil, Palafox,
Barquillo, Preciados,
Carranza, Feijóo,
Grafal, Hortaleza,
Vergara, Colón,
Espíritu-Santo,
Ferraz, Mira el Sol,
Plazuela del Carmen,
Sartén, Salvador,
Florín, Leganitos,
Madera, Carbón,
Flor Alta, Flor Baja,
Divino Pastor,
Bailén, Ministriles
y Válgame Dios.
¿A dónde demonios
iría aquel sol,
cogida la falda,

terciado el mantón
y lleno el semblante
de polvos de arroz?
¿De dónde vendría,
querido lector?
Si quieres saberlo...
preguntaseló.



¡QUÉ CASO MAS RARO!

LECTOR, en un dos por tres haré que enterado estés de una rareza observada en cierta familia honrada de las Navas del Marqués.

Familia cuyos varones, aunque con fortuna cuentan por misteriosas razones, es fama que se alimentan solo de melocotones.

Por más que es fruta excelente, les nutre bastante mal; pero lo extraño realmente es el modo diferente de comerla cada cual.

Pablo Carnero y León
demuestra que tiene seso,
pues pela el melocotón
y se lo come en sazón
tirando cáscara y hueso.

En cambio, el buen Segismundo,
que es el Carnero segundo,
lo deshuesa nada más;
pero ¿mondarlo?... ¡jamás!
aunque lo critique el mundo.

Pepe Carnero, el tercero,
dice que es obra pesada
partirlo, y el majadero,
sin quitar hueso ni nada,
se lo come todo entero.

Más raro es lo que hace Abdón
(que es el Carnero siguiente),
pues deja el melocotón,
y come, sin aprensión,
la cáscara solamente.

Y el último, que es Canuto,
sufre, por ser un camueso,
diez *atrancos* al minuto,
porque este desprecia el fruto

y solo se come el hueso.

Y así los cinco varones
gozan, sin aspiraciones,
una vida placentera,
comiendo melocotones
cada cual á su manera.

No olvides ni un solo instante
caso tan interesante.

¡Qué de problemas entraña!
¡Qué dato más importante
para la historia de España!

No creo que en duda estés;
mas si esto sospechas que es
algún tejido de embustes,
puedes irte cuando gustes
á las Navas del Marqués,

y en un momento sabrás
(según los informes más
exactos y verdaderos)...
que allí no hay tales Carneros
ni los ha habido jamás.



MORALEJAS

AL fiscal de la Audiencia de Trujillo
no le falta una muela ni un colmillo,
mientras al de la Audiencia de Jerez
le han sacado seis muelas de una vez.
¡Andan muy desiguales
en esto de las muelas los fiscales!

Cierto sastre en Numancia
tenía la vergüenza en abundancia,
y otro sastre en Sigüenza
no tenía ni pizca de vergüenza.
Por eso, de los sastres digo yo
que unos tienen vergüenza y otros no.

Por dormir una noche junto á un charco
está con calenturas Pepe Marco,
y las ranas que allí tienen guarida
no sufren calenturas en su vida.
¡Y aún afirma el filósofo Quintana
que el hombre es más perfecto que la rana!

Mató Pascual á Iranzo
por tener la nariz como un garbanzo,
y después reventó Pascual á Onofre,
por tener las narices como un cofre.
¡No enseñes tus narices á Pascual
si no son de tamaño natural!



SONAMBULISMO REFINADO

HACE poco más de un mes
entró en casa una doncella
que era, según ví después,
sonámbula toda ella.

Como Belén (pues la tal
se llamaba de este modo)
lejos de servirme mal
supo darme gusto en todo,
yo me dije: «Puesto que
no sirven todas lo mismo,
¡qué demonio! pasaré
por lo del sonambulismo.»

Y así la cosa resuelta
fuimos las noches pasando,
yo durmiendo á pierna suelta
y ella *sonambuleando*.

A media noche salía
del lecho blando y caliente,

y la casa recorría
cantando inconscientemente.

Unas noches en voz baja,
contaba de mí la indina
cien chismes á la tinaja
creyéndola su vecina.

Dormida como un lirón
ilustraba las paredes
con dibujos al carbón...
que excuso explicar á ustedes.

Cierta noche de Febrero,
la infeliz, sin darse cuenta,
vertió dentro del tintero
un puñado de pimienta.

Otras noches, ¡pobrecita!
hallaba extraño deleite
en dejar suelta la espita
de la zafra del aceite.

Y si en la despensa entraba
por hallar la puerta abierta,
dormida el jamón sacaba...
para comerlo despierta.

En fin, tanto me quemó,
que renegué de mí mismo,

y dije: «¡Hasta aquí llegó!
¡Basta de sonambulismo!»

Pero al darle la cartilla,
pensé: «Aunque no me conviene
tanto desmán... ¡pobrecilla!
¡bastante desgracia tiene!»

En suma: no se marchó,
y una noche (¡triste fué!)
cuando ella se levantó
casualmente desperté.

Con curiosidad me fuí
tras ella por el pasillo.
Luego un fósforo prendí
para encender un pitillo,
y encontré, ¡quién lo diría!
esperando á la doncella
un cabo de artillería
que dijo ser primo de ella.

Quise aplastar su nariz,
pero me dijo Belén:
«¡Perdone usté al infeliz!
¡¡qué es sonámbulo también!!»



MI DESPENSA

UNA zafra de aceite de oliva
(¡del más malo, querido lector!)
con su tapa en la parte de arriba
y espita con llave en la parte inferior.

Sobre tosco vasar, al que viste
colgadura de rojo papel,
un puchero, que si hoy tiene alpiste,
contuvo algún día riquísima miel.

Una escarpia sujeta en el techo
y pendiente del techo un cordón
con un gancho torcido y mal hecho,
del cual *debería* colgar un jamón.

Cinco latas de ricos pescados
que hace tiempo vacías están,
y entre tila, en un bote guardados,
algunos bizcochos del tiempo de Adán.

Tres botellas de vino pequeñas
(del que apenas se puede beber),

y otras tres del mejor Valdepeñas
que por mi desgracia se ha echado á perder.

Dentro de una cazuela de barro,
avellanas, espliego y jabón,
y pegada en los bordes de un tarro
manteca de Flandes del propio Chinchón.

Seis ó siete chorizos añejos
procedentes de añejo rocín,
y las pieles de varios conejos
colgadas de un clavo, no sé con qué fin.

Junto á un plato que tiene tocino
y unos cuantos mendrugos de pan,
un cacharro con ajos, comino,
pimienta, guindilla, laurel y azafrán.

Dentro de una tinaja, una arroba
de garbanzos que apenas se ven.
Atrancando la puerta una escoba
(porque es una puerta que no cierra bien),
y un boquete de medianería
que dá paso á la luz y al calor.
¡No contiene más cosas hoy día
mi pobre despensa, querido lector!

¡QUÉ CABEZA LA MIA!

I.

DON Juan: yo soy Saturnino,
el marido de la Irene,
aquella muchacha gruesa
que tuvo usted cuatro meses
y que estaba para todo.
—Muy bien; ¿y qué se te ofrece?
—Que he puesto una frutería,
y como se que usted puede,
porque leo las tontunas
que escribe usted en los papeles,
quiero que me haga unos versos
muy chuscos, pa que las gentes
los vean puestos encima
de las banastas, ¿comprende?
—Bueno. Jámás hice coplas

á frutas secas ni verdes;
pero haré lo que me pides
en recuerdo de la Irene.

II.

—Don Juan: soy demandadero
de las monjas de San Lesmes,
y me encargan le suplique
á usted que las enjarete
una copla en alabanza
de la Virgen de la Leche,
para cantarla en el coro
cuando Sor Pura profese.

—Bueno, puede usted decir las
que yo haré cuanto me ordenen,
si me mandan dos docenas
de esos bizcochos que venden.

III.

Hice á las madres su copla
de los bizcochos á trueque,
y al frutero hice las suyas
desinteresadamente.

Pero soy tan distraído
y tengo tantos quehaceres,
que cambié, al mandar los versos,
los sobres correspondientes.
Las monjitas me juzgaron
un guasón irreverente
al recibir con asombro
cuatro versitos pedestres,
ponderando la excelencia
de las uvas moscateles.
Y el frutero que de letras
no entendía ni una efe,
sobre las doradas uvas
plantó la copla siguiente:
«¡Gloriosa Virgen María,
sin tu amparo no nos dejes,
y á Dios ruega por nosotras
en el trance de la muerte!»



SEGUIDILLAS DE INVIERNO

LA nieve baja en copos
desde la altura,
deslumbrando á los topos
con su blancura.
Y á mi portera
la han robado ayer noche
la faltriguera.

Si sopla el viento Norte
del Guadarrama,
ya estamos en la corte
guardando cama.
¡No hay quien sospeche
que me gustan las truchas
en escabeche!



Están en sus guaridas
los pobres grillos
con las manos metidas
en los bolsillos.
¡Qué malos ratos
me dán los contrafuertes
de mis zapatos!

¡Quién pudiera en invierno
dejando abrigos
ir de juerga al infierno
con cuatro amigos!
No encuentro raro
que el chocolate bueno
resulte caro.

Dentro del hormiguero
las hormiguitas
sin mi triste brasero
pasan mil cuitas.
Del mal el ménos;
que he comprado chorizos
y salen buenos.

Mientras van en su coche
los potentados
hay niños que de noche
mueren helados,
¡Si era tan feo
el padre de los hijos
del Zebedeo!

Se coge muy á gusto
la chimenea
donde el tronco vetusto
chisporrotea.
Y hoy me he encontrado
con que tengo un paraguas
apolillado.

Igual que los castaños,
los alcornoques
muestran todos los años
sus palitroques.
Y á Luis Pacheco
le faltan dos botones
en el chaleco.

Se cierran nuestros poros,
y en un semestre
no hay corridas de toros
ni circo ecuestre.
¡Qué estropeada
vá estando ya la madre
de mi criada!

—
¡Oh invierno! ¡Te maldigo
sinceramente,
y eso que gasto abrigo
y ando caliente!
¡Cuán infelices
son los que tienen pelos
en las narices!



¡VAMONOS AL CAMPO!

QUE el campo te convida con su verdura?
Pues te llevaré al campo, querida Pura,
para poder á solas y en dulce calma
decirte que te quiero con toda el alma.

Pasaremos las horas junto á la fuente,
besándonos á solas continuamente.
Conmigo irás al soto y al bosque umbrío,
verás los alcornoques, verás el río,
verás las amapolas y las ortigas
y los escarabajos y las hormigas.

Desde tu misma cama verás la huerta,
cantará el jilguerillo junto á tu puerta,
saldrás de esa vivienda tan reducida
y hallarás en el valle luz, aire y vida;
porque el valle ya sabes que no es estrecho
sino muy ventilado y alto de techo.

Tú verás cómo pescan los cazadores,
y verás cómo cazan los pescadores.
Con las extremidades medio desnudas
dormirás unas siestas morrocotudas.

Te pondrás en el campo gorda y lozana.
Serán tu desayuno por la mañana
zanahorias, lechugas, guindas y peras,
y beberás á pasto cuando tú quieras
leche pura de ovejas en limpias jarras
ó leche de jumenta si te acafarras.

Mas para que gocemos de tal ventura,
una cosa te advierto, querida Pura:
que estarás en el campo como te digo
y á cazar codornices irás conmigo,
y te haré muchos mimos entre el follaje,
si el autor de tus días nos paga el viaje;
porque aunque cuesta poco yendo en tercera,
es mejor no hacer gastos, niña hechicera,
¡que el amor tiene mucha más poesía
cuando cuesta barato, pichona mía!



CANTARES

No me vengas con cantares
ni con suspiros hondos,
porque oyendo tus suspiros
me hace daño lo que como.

Con tu falta de cariño
no puedo vivir peor,
pues viendo que no me quieres
tampoco me quiero yo.

Lo mismo que las tostadas
son las mujeres del campo,
unas, tostadas de arriba,
y otras, tostadas de abajo



ASTRONOMIA DOMÉSTICA

Quiso el Supremo Hacedor
dar á Don Blas Alcocer
una ganga superior
como ustedes podrán ver.

Su criada, que es gallega,
como todas, barre, guisa,
plancha, cose, lava, friega,
tiene novio, compra y sisa.

Ni en el gasto es económica,
ni asombra su actividad;
pero en la ciencia astronómica
es una especialidad.

Pues solamente con ver
cómo brillan los luceros,

sabe qué vá á suceder
en los días venideros.

Y como suele acertar
y no dice desatinos,
la preguntan sin cesar
sus amos y sus vecinos:

—Dí, María, ¿vá á llover?

—¿El domingo vá á hacer sol?

—¿Cuándo nieva en Santander?

—¿Cuándo truena en el Ferrol?

—¿Hará calor en la corte?

—¡Vá á haber eclipse en Gallur?

—¿Tendremos frío en el Norte?

—¿Tendremos viento en el Sur?...

Ella saca la cabeza
por la ventana, vé el cielo,
y responde con presteza
sin dar jamás un camelo.

¿Cómo la ha dado el Señor
virtud tan extraordinaria?
Su madre dice que es por-
que tiene la solitaria.

Sea lo que fuere, el caso
es, en verdad, prodigioso.

Pues bien; Don Blas, que en su ocaso
está siendo mal esposo,
quiso una noche jugar
cierto albur con la María,
so pretexto de observar
secretos de astronomía,
y dijo á su esposa:—«No
tengas miedo, Salomé.
Voy á ver si veo yo
lo que esa muchacha vé.»

Salió de su dormitorio
á las tres de la mañana,
y se fué al observatorio,
es decir, á la ventana,
donde, á la luz de la luna,
vió que estaba la sirviente
charlando sin traba alguna
con el vecino de enfrente,
y la dijo:—«Retrechera,
vengo á observar sin temor
junto á tí, de qué manera
se explica la Osa mayor.»

Y estrechó con picardía
la cintura á la criada;

pero como la María,
aunque *astrónoma*, es honrada,
descargó sus manos bellas
sobre el rostro de Don Blas,
y Don Blas *vió las estrellas...*
¡pero no pudo ver más!



Lectores: perdón os pido
si estas GÁRGARAS que he hecho
de vuestro agrado no han sido;
pero si os han divertido...
que os hagan muy buen provecho.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo, por Sinesio Delgado.	5
La cartera.	9
Invitación.	11
Respuesta.	13
Perdido para siempre.	16
¡Allí está!	20
Se necesita estómago.	24
La pena de muerte.	29
No es cuento, no.	33
¡Oh, el servicio!	37
Desde la aldea.	39
Revelación importante.	43
Preparativos.	45
El paseo misterioso.	50
¡Qué caso más raro!	54
Moralejas.	57
Sonambulismo refinado.	59
Mi despena.	62
¡Qué cabeza la mía!	64
Seguidillas de invierno.	67
Vámonos al campo.	71
Cantares.	73
Astronomía doméstica.	74
Final.	78

689
111
22
1000
1000

